

¿Qué es la metafísica crítica? Tiqqun

traducido por administración de mesetas.net

No se nos escapa para nada que «'metafísica' —así como 'abstracto' e incluso 'pensar'— ha devenido una palabra ante la cual todo el mundo huye como de la peste» (Hegel). Y cuando restablecemos algo así, 'metafísica', en el centro de esa época cuya frivolidad triunfante creía haber rechazado [*refoulé*] todo eso para siempre hacia su periferia, seguramente que lo hacemos con un estremecimiento de gozo malvado, y con la turbadora certeza de estar metiendo el dedo en la llaga. Mediante este gesto, tenemos además el descaro de pretender que no es que estemos cediendo a algún sofisticado capricho, sino más bien a una necesidad imperiosa, inscrita directamente en la historia. La Metafísica Crítica no es una habladuría más en el curso del mundo, ni la última especulación salida del cráneo de alguna inteligencia particular; es lo más *real* que pueda contener nuestro tiempo. *La Metafísica Crítica está en todas las tripas*. Cualesquiera que sean nuestras protestas en esta materia, no hay ninguna duda de que *se* intentará, de una manera o de otra, atribuirnos a nosotros esta invención, teniendo como objetivo ocultar cierto hecho bien destacado: que ella existía *ya* mucho antes de encontrar su formulación, que estaba incluso *por todos lados*, en estado de falta en el sufrimiento, de denegación en la diversión, de móvil en el consumo, o de evidencia en la angustia. Pertenece a la sórdida apatía, a la incurable banalidad, a la repugnante insignificancia de estos tiempos que se dicen «modernos» el haber convertido a la metafísica en una distracción, a todas luces inocente, de algunos eruditos a medio servir [la expresión que usan en francés es '*érudits en faux col*', literalmente, eruditos de cuello falso, y dicha expresión francesa solo pude ver que se usa para las cervezas, cuando éstas tienen o se sirven con demasiada espuma y por tanto la cantidad de cerveza no es la quizá esperada], y de haberla castrado hasta convertirla en el único ejercicio que conviene para este tipo de insectos: el rumiado platónico [*la mandibulation platonique*]. Ya solo por este aspecto, que no es reductible a su expresión conceptual, la Metafísica Crítica es *la experiencia* que desmiente fundamentalmente la inepta «modernidad», y se entusiasma cada día un poco más, abriendo los ojos sobre el exceso del desastre.

ACTO PRIMERO: «*Cuando lo falso deviene verdadero, lo verdadero mismo no es más que un espejismo.*

Cuando la nada deviene realidad, a su vez la realidad se tambalea en la nada.»
(inscripciones que figuran por todos lados a la entrada del «Reino del sueño y de la ilusión inmensa» según *Le Rêve du pavillon rouge*).

La civilización occidental vive a crédito. Ha creído que podría durar siempre sin hacerse en ningún momento cargo del atraso [en el pago, por estar usando el modelo del crédito, como vemos] de sus mentiras. Pero se ahoga bajo el aplastamiento de su peso muerto. Entonces, antes de llegar a consideraciones más sustanciales, es preciso comenzar por dejar espacio, por echar lastre en este mundo, de algunas de sus

ilusiones, como por ejemplo de aquella que dice que la modernidad habría existido en tanto tal. No es nuestra intención retrasarnos con hechos indiscutibles. Que el propio término de «modernidad» ya no desvele nada, hoy, por regla general, más que una ironía fastidiosa, y lo que tiene de senilidad progresista, y que aparezca en fin como aquello que nunca dejó de ser: el fetiche verbal del cual la superstición de los cabrones y de los simples de espíritu ha colmado de atenciones la adhesión progresiva de los vínculos mercantiles a la hegemonía social a partir del pretendido «Renacimiento», y esto al agrado de intereses que nos explicamos ya demasiado bien: he aquí lo que no merece casi exégesis. Esto trata de un vulgar caso de timo de etiqueta, y que dejamos que eluciden los sacristanes del historicismo futuro. Nuestro asunto es otro, es otro de un modo más grave. Ocurre que, igual que los vínculos mercantiles nunca han existido en tanto que vínculos mercantiles, sino solo como vínculos entre hombres travestidos de vínculos entre cosas, igualmente aquel que se dice, que se cree o que es tenido por «moderno» nunca ha existido verdaderamente *en tanto que moderno*. La esencia de la economía, este pseudónimo transparente bajo el cual la modernidad mercantil intenta regularmente hacerse pasar por una eternidad evidente, no es nada económico; y de hecho, su fundamento, que le sirve además como programa, se enuncia en estos términos abruptos: NEGACIÓN DE LA METAFÍSICA, es decir, negación de que para el hombre, la trascendencia es la causa eficiente de la inmanencia, esto es, en otros términos, negación de que el mundo, para él, tiene sentido, que lo suprasensible aparece en lo sensible. Este bello proyecto está por entero contenido en la ilusión aberrante, aunque *eficaz*, de que sería posible una completa separación entre la física y la metafísica —disyunción esta que cobra muy a menudo la forma de una hipóstasis de lo físico, erigido en modelo de toda objetividad, y controla lógicamente una miríada de otras escisiones locales, entre vida y sentido, sueño y razón, individuo y sociedad, medios y fines, artistas y burgueses, trabajo intelectual y trabajo material, dirigentes y ejecutantes, etc., que no son, en toda su cuantía, menos absurdas, deviniendo, cada uno de estos conceptos, abstracto, y perdiendo todo contenido fuera de la interacción viviente con su contrario. Ahora bien, siendo realmente, es decir, *humanamente*, imposible una tal separación, y habiendo fracasado hasta hoy la liquidación de la humanidad, no hay nada de moderno que pueda haber existido como tal. *Lo que es moderno no es real, lo que es real no es moderno*. Por tanto, existe una *realización* de este programa, pero ahora, cuando se da su último retoque, vemos también que es todo lo contrario de lo que pensaba ser, y que en dos palabras es: una completa desrealización del mundo. Y toda la extensión de lo visible lleva consigo, en adelante, y por su carácter vacilante, un atestiguar brutal de que la negación realizada de la metafísica no es a fin de cuentas más que la realización de una metafísica de la negación. El funcionalismo y el materialismo inherentes a la modernidad mercantil han producido por doquier un vacío, pero este vacío corresponde a la experiencia metafísica originaria: allá donde las respuestas que van más allá del ente, que permitirían una orientación en éste, han desaparecido, surge la angustia, el carácter metafísico del mundo aflora a los ojos de todos. Nunca el sentimiento de extrañeza ha sido tan pregnante como ante las producciones abstractas de un mundo que pretendería sepultarlas bajo la inmensa opulencia incuestionable de sus mercancías acumuladas. Los lugares, los vestidos, las

palabras y la arquitectura, los rostros, los gestos, las miradas y los amores ya no son más que las máscaras terribles que una sola y misma ausencia se ha inventado, para venir a nuestro encuentro. La nada ha colocado visiblemente sus cuarteles en la intimidad de las cosas y de los seres. La superficie lisa de la apariencia espectacular cruje por doquier bajo el efecto de su empuje. La sensación *física* de su proximidad ha dejado de ser la experiencia última reservada a algunos círculos de místicos, y por el contrario es la única que el mundo mercantil nos ha dejado intacta, e incluso aumentada por la desaparición programada de todas las demás; es cierto que es también la única que se ha propuesto explícitamente destruir. Todos los productos de esta sociedad —ya se piense en la conceptualidad hueca de la Jovencita, o del urbanismo contemporáneo, o de la música tecno— son cosas que el espíritu ha abandonado, y que han sobrevivido a todo sentido así como a toda razón de ser. Son signos que se intercambian según movimientos planos, que no es que no signifiquen nada, como los amables niños del posmodernismo preferirían creer, sino más bien que significan *la Nada*. Todas las cosas de este mundo subsisten en un exilio perceptible. Son víctimas de un ligero y constante desperdicio de ser. Seguramente que esta modernidad, que se quería sin misterio, y que se juramentaba para liquidar la metafísica, lo que ha hecho es más bien *realizarla*. Ha producido un decorado de puros fenómenos, de puros entes que no son nada, nada más allá del simple hecho de mantenerse ahí, en su positividad vacía, y que provocan sin descanso al hombre para experimentar «la maravilla de las maravillas: *que el ente es*» (Heidegger, *¿Qué es la metafísica?*). Nos basta, en este hall ultramoderno hecho de hielo, mármol y acero, a donde el azar nos ha llevado, nos basta con una fina relajación de la constricción cerebral para ver brutalmente todo lo existente deslizarse e invaginarse en una presencia a la vez opresora y flotante, donde ya nada permanece. La experiencia de lo Completamente Otro [*Tout Autre*] nos alcanza en las circunstancias más comunes, y hasta en las panaderías frescamente renovadas. Se extiende un mundo ante nosotros, *uno que no alcanza ya a sostener nuestra mirada*. La angustia aguarda en todas las encrucijadas. Ahora bien, esta experiencia desastrosa, de la cual emergemos violentamente fuera de lo existente, no es otra que la de la trascendencia, al mismo tiempo que la de esa irremediable negatividad que *contenemos*. Lo que en esa experiencia se hunde, repentinamente, suavemente, y que da lugar a la dilatación de su nulidad es toda la sofocante «realidad», cuya gran maquinaria de impostura social trabajaba para establecer su evidencia. Esta experiencia es nada menos que el fundamento de la metafísica, donde ésta aparece precisamente *en tanto metafísica*, donde el mundo aparece en tanto mundo. Pero la metafísica que vuelve de este modo no es ya la metafísica que *se* había desechado, puesto que vuelve en tanto verdad y negación de lo que la antigua había vencido, en tanto *conquistadora*: como metafísica crítica. Y puesto que el proyecto de la modernidad mercantil *no es nada*, su realización no es más que la extensión del desierto a la totalidad de lo existente. Es este desierto lo que acabamos de asolar.

Presidiendo sin apoyo el centro de las catástrofes que se amontonan, la dominación mercantil —y por «dominación» no entendemos otra cosa que *el vínculo, simbólicamente mediado, de complicidad entre dominantes y dominados*; pues así es

de poco dudoso, para nosotros, que «el atormentador y el tormentado no son más que uno, que uno se equivoca creyendo que no participa en el tormento, y el otro creyendo que no participa en el pecado»: ¡a la caseta, Bourdieu!— [la dominación] no se siente ya más consigo misma en tal singular estado de cosas que sin embargo ella ha producido, y cuyo detalle la desmiente. Basta, para convencerse de querer prestar atención al *paso* de nuestros contemporáneos, que nos hagan pensar, al verlos, en una banda de fugitivos corriendo hacia sus propios estuches y acosados por su propia inquietud metafísica. En adelante, se trata para el Blomm de un trabajo a tiempo completo el sustraerse a la experiencia fundamental de la nada, que arruina toda fe simple en este mundo. La irrisión de las cosas amenaza en todo instante con sumergir su consciencia. Ignorar el olvido del Ser, cuya retirada nos rodea en cada extrarradio, en cada vagina, tanto como en cada estación de servicio, nos pide en adelante la ingestión cotidiana de dosis casi letales de Prozac, informaciones y Viagra. Pero todos estos remedios de corto alcance no suprimen la angustia, sino que solo la enmascaran, y la rechazan hacia una sombra que propicia su crecimiento silencioso. Finalmente, las revistas femeninas deben asimismo, para vender sus mentiras y sus manías, convencer a sus lectoras de que «la verdad, es buena para la salud», así como las multinacionales de los cosméticos se atreven a prodigar en sus embalajes «metafísica, ética y epistemología», o como TF1 erige la «encuesta de sentido» en principio rentable de su programación futura y como Starck, este falsario ilustrado, asegura en La Redoute algunos años de adelanto respecto a sus competidores, componiendo para ella un «catálogo de no-productos para uso de no-consumidores». Apenas nos podemos imaginar cómo fue preciso que la dominación esté interiormente tan desamparada como para que llegue hasta esto. En estas condiciones, el pensamiento crítico debe dejar de esperar, en la constitución de un sujeto revolucionario de masa, la revelación del carácter inminente de una inversión social. Esto lo debe más bien aprender a leer en la formidable explosión, en el curso del periodo reciente, de la demanda social de diversión. Tal fenómeno es signo de que la presión de las cuestiones esenciales, tan largo tiempo mantenidas en suspenso, y con tanto beneficio, ha franqueado el umbral de lo intolerable. Puesto que si *se* divertía con tal furor, es preciso que sea por algo, y que este algo haya devenido una presencia bien obsesiva. «Si el hombre fuera feliz, tanto más lo estaría cuanto menos divertido fuera» (Pascal).

Supongamos que el objeto que reparte por doquier un terror tan notable, y del que no *se* podría negar su acción efectiva aunque no fuera nombrado, fuera la Metafísica Crítica —se trata aquí de una definición, que quizá no daremos ya nunca tan clara ni tan comprensible. Los inofensivos sociólogos no están naturalmente dotados de órganos que les permitieran comprender de qué va esto, así como por otra parte tampoco lo están los pobres estetas inspirados de indignación que vituperan la miseria de la época desde lo alto de su profesión de escritor, y que no ven en el consumo más que el propio consumo. No es la extraordinaria extensión del desastre lo que nos hace pensar en contestar, sino la significación de éste. El terror general al envejecimiento, la encantadora anorexia femenina, el 'arrazonamiento' del viviente, el apocalipsis sexual, la administración industrial de la diversión, el triunfo de la

Jovencita, la aparición de patologías inéditas y monstruosas, el aislamiento paranoico de los egos, la explosión de actos de violencia gratuita, la afirmación fanática y universal de un hedonismo de supermercado, todo esto conforma una elegante letanía para todo tipo de gente excesiva [*paroxystes*]. En cuanto al ejercicio de la vista, no ve en todo esto nada que acredite la victoria sin retorno de la mercancía y de su imperio de confusión, adivina ahí más bien la intensidad de la espera general, de la espera mesiánica de la catástrofe, del *momento de verdad* que ponga por fin término a la irrealidad de un mundo de mentiras. En este punto, como en muchos otros, no es superfluo el ser sabatista [<http://es.wikipedia.org/wiki/Sabatista>].

Desde el punto de vista en que nos colocamos, la inmersión resuelta de las masas en la inmanencia de su huida ininterrumpida hacia la insignificancia —todo ello cosas que nos podrían hacer desesperar tanto del género humano...— dejan de aparecer como fenómenos positivos que tendrían en sí mismos su verdad, y más bien son comprendidos como movimientos puramente negativos, que acompañan al éxodo constreñido fuera de una esfera de la significación que el Espectáculo ha colonizado integralmente fuera de todas las figuras, de todas las formas bajo las cuales está *permitido* actualmente aparecer y que nos expropian tanto de nuestros actos como de su sentido. Pero esta huida no es suficiente, y es preciso vender en saquitos individuales el vacío dejado por la Metafísica Crítica. La New Age, por ejemplo, corresponde a su dilución infinitesimal, a su travestimiento burlesco por el cual la sociedad mercantil intenta inmunizarse contra ella. La constatación de la separación generalizada (entre lo sensible y lo suprasensible tanto como entre los hombres), el proyecto de restaurar la unidad del mundo, la insistencia en la categoría de la totalidad, la primacía del espíritu, o la intimidad con el dolor humano se combinan de forma calculada en una nueva mercancía, en nuevas técnicas. El budismo pertenece también a esa cantidad de higienes espirituales que la dominación deberá poner en marcha para salvar como sea el positivismo y el individualismo, para permanecer todavía un poco más en el nihilismo. Por si acaso, *se* vuelve a blandir el estandarte apolillado de todas las religiones, de las cuales *se* sabe qué útil complemento del reino terrestre de todas las miserias pueden conformar —va de suyo que cuando una revista de beatos del basket se inquieta ingenuamente, en portada, «¿El siglo XXI, será religioso?», es preciso leer más bien «¿El siglo XXI conseguirá reprimir [*refouler*] la Metafísica Crítica?». Todas las «nuevas necesidades» que el capitalismo tardío se enorgullece de satisfacer, toda la agitación histérica de sus empleados, y hasta la extensión del vínculo de consumo al conjunto de la vida humana, todas estas buenas noticias que cree dar acerca de la perennidad de su triunfo, no miden entonces nunca otra cosa que el profundizamiento de su fracaso, del sufrimiento y de la angustia. Y es este inmenso sufrimiento, que puebla las miradas y endurece tanto las cosas, lo que debe, siempre de nuevo, en una carrera jadeante, *poner a trabajar*; degradando en *necesidades* la tensión fundamental de los hombres hacia la realización soberana de sus virtualidades, tensión que no cesa de crecer con la distancia que los separa. Pero el regate se agota, y su eficacia tendencial decrece rápidamente. El consumo no consigue enjugar el exceso de lágrimas contenidas. Así, es preciso poner en marcha dispositivos de selección siempre más ruinosos y

drásticos para excluir de los engranajes de la dominación a aquellos que no pueden asolar en sí mismos toda propensión hacia la humanidad. No hay nadie que participe de forma efectiva en esta sociedad que se suponga que ignore lo que le podría costar dejar ver en público su auténtico dolor. No obstante, a pesar de estas maquinaciones, el sufrimiento no se deja de acumular en la noche prescrita de la intimidad, donde busca tanteando, con obstinación, un medio de agotarse. Y así como el Espectáculo no puede eternamente prohibir su manifestación, debe cada vez más a menudo concedérsela, pero entonces travistiendo su expresión, designando para el duelo planetario a uno de estos objetos vacíos, una de estas momias reales [*royales*] cuya confección es su secreto. Pero ocurre que el sufrimiento no se puede satisfacer de semejantes falsos-semblantes. Entonces espera, paciente, como al acecho, la brutal suspensión del curso regular del horror, donde los hombres confesarían su alivio sin límites: «todo nos falta de forma indecible. Reventamos por nostalgia del Ser» (Bloy, *Belluaires et porchers*).

Se comprenderá mejor ciertamente, ahora, que recusamos cualquier especie de paternidad con respecto a la Metafísica Crítica: nos habrá bastado abrir los ojos para verla surgir *en negativo* [*en creux*] en la superficie de la época, como su centro vacío. La Metafísica Crítica se da a cualquiera que tenga coraje de vivir con los ojos abiertos, lo cual a fin de cuentas no exige más que una obstinación particular que *se* tiene costumbre de hacer pasar por demencia. Puesto que la Metafísica Crítica es la rabia a un tal grado de acumulación que deviene *mirada* [*regard*]. Pero un mirar tal que se ha curado de todos los miserables hechizos de la modernidad, tal que no conoce al mundo en tanto que distinto de sí mismo. *Ve* que, bajo sus formas vulgares, el materialismo y el idealismo han pasado a mejor vida, y que «el infinito es tan indispensable para el hombre como el planeta en que vive» (Dostoyevski) y que, incluso ahí donde parece que *se* esparce en la inmanencia más satisfecha, la conciencia está aún presente en tanto inaudible sentimiento de decadencia, en tanto *mala* conciencia. La hipótesis kojéviana, de un «fin de la Historia», donde el hombre permanecería «en vida en tanto que animal que está en acuerdo con la Naturaleza y el Ser dado», donde «los animales post-históricos de la especie Homo Sapiens (quienes [vivirían] en la abundancia y en plena seguridad) [estarían] *contentos* en función de su comportamiento artístico, erótico y lúdico, visto que por definición ellos se contentarían de todo esto», y donde desaparecería el conocimiento discursivo del mundo y de sí, se ha revelado ser la utopía del Espectáculo, pero también se ha revelado, como tal, irrealizable. Manifiestamente no existe en ningún lado, para los hombres, el acceso a la condición animal. La vida desnuda es también para ellos una *forma de vida*. El desgraciado «hombre moderno» —pasemos por encima del oxímoron—, que habría puesto un cuidado tan virulento en liberarse de la carga de la libertad, comienza a entrever que la cosa es imposible, que no puede renunciar a su humanidad sin renunciar a *la propia vida*, que un hombre animalizado no es *incluso tampoco* un animal. Todo, en el cumplimiento de esta época, lleva a creer que el hombre no puede sobrevivir más que en el elemento del sentido. Nada como el trabajo que nuestros contemporáneos ponen para distraerse de ello nos muestra hasta qué punto lo posible que contiene el hombre tiende por sí mismo hacia su realización.

Sus propios crímenes le son dictados por el deseo de encontrar un empleo para sus facultades. Así, pensar no representa para él un deber, sino una necesidad esencial, cuyo no cumplimiento es sufrimiento, es decir, contradicción entre sus posibilidades y su existencia. Los hombres se marchitan *físicamente* en la negación de su dimensión metafísica. Al mismo tiempo se muestra claramente que la alienación no es un *estado* en el que se encontrarían definitivamente sumergidos, sino la incesante *actividad* que *se* debe desplegar para mantenerlos ahí. La ausencia de conciencia no es más que el rechazo continuo de ésta. La insignificancia tiene *aún* un sentido. El olvido completo del carácter metafísico de toda existencia es ciertamente una catástrofe, pero es una catástrofe metafísica. Y esta es la misma constatación que, aunque vieja, de al menos treinta años, se impone al dominio del pensamiento: «La filosofía analítica contemporánea se encarniza en exorcizar 'mitos', 'fantasmas' metafísicos como el de la Consciencia, el Espíritu, la Voluntad, el Ego, disolviendo el contenido de estos conceptos en fórmulas que enuncian operaciones, realizaciones, fuerzas, tendencias, especializaciones particulares y precisas. El resultado muestra de manera extraña que es imposible destruir estos conceptos.» (Marcuse, *El hombre unidimensional*). La metafísica es el espectro que acosa al hombre occidental desde los cinco siglos que hace que éste intenta difuminarse en la inmanencia, cosa que no consigue.

ACTO SEGUNDO: «*La Verdad debe ser dicha, el mundo debe volar en pedazos*» (Fichte)

Por tanto, el *gesto* de reconocer el olvido del Ser, y por ello de salir del nihilismo, no es nada que vaya de suyo, nada que sea susceptible de un fundamento racional; *se trata de una decisión moral*, y no abstractamente, sino *concretamente* moral: puesto que en el mundo de la mercancía autoritaria, donde la renuncia al pensamiento es la primera condición de «integración social», la conciencia es inmediatamente un *acto*, y un acto para el cual es corriente que *se* juzgue bueno privaros lo bastante de él, ya sea directamente, o bien indirectamente mediante el simpático servicio de aquellos de los que dependéis. Ahora que todas las instancias represivas donde la moral se alienaba en moralidad se despedazan, nos es por fin dado poder conocerla en toda su radicalidad originaria, aquella que la designa en tanto *la unidad conformada por las costumbres [moeurs] de los hombres y la conciencia que de ellas tienen*, y en tanto que tal, en tanto que enemigo absoluto de este mundo. Esto se podría expresar en terminos más tajantes de la manera siguiente: se combate ya sea por el Espectáculo, o bien sea por el Partido Imaginario; entre ambos no hay nada. Todos aquellos que pueden acomodarse a una sociedad que se acomoda tan bien a la inhumanidad, todos los que se encuentran bien propinando la limosna de su indiferencia tanto a su propio sufrimiento como al de sus semejantes, todos los que hablan del desastre como si se tratara de un nuevo mercado de provechosas salidas..., no son nuestros hermanos. Concebimos su *muerte* como un hecho deseable. No tenemos queja de que no se giren hacia la Metafísica Crítica, cosa que podría constituir, en tanto que discurso, un determinado propósito social, sino el *rechazar* el ver su contenido de verdad, que, estando por doquier, excede toda determinación particular. No hay coartada frente a

una tal ceguera; la aptitud metafísica es la cosa mejor compartida del mundo: «no es necesario ser zapatero para saber si te van unos zapatos» (Hegel); rechazar el ejercerla constituye en las condiciones presentes un crimen permanente. Y este crimen, el de la denegación del carácter metafísico de aquello que es, se ha beneficiado de una tan duradera y general complicidad que ha devenido revolucionario *formular* los principios a priori sobre los cuales se funda toda experiencia humana. Aquí nos es preciso recordarlos, para vergüenza de los tiempos.

1. Así como la enfermedad no es manifiestamente la suma de sus síntomas, el mundo no es la suma de sus objetos, de «lo que es el caso», o de sus fenómenos, sino más bien un carácter del propio hombre. El mundo no existe en tanto que mundo más que para el hombre. Inversamente, no hay *hombre sin mundo*, la situación del Bloom es una abstracción transitoria. Cada cual se encuentra siempre ya proyectado en *un* mundo del cual hace la experiencia en tanto que totalidad dinámica, y que partiendo del cual, tiene necesariamente una precomprensión, por rudimentaria que sea. Esto lo exige su simple conservación.

2. *El mundo es una metafísica*, es decir, que la manera en que se da en un primer vistazo, o su pretendida neutralidad objetiva, o su simple estructura material, participan ya en una cierta interpretación metafísica que lo constituye. El mundo es siempre el producto de un modo de desvelamiento que hace entrar las cosas a la presencia. Algo así como lo «sensible» solo existe para el hombre más que con respecto a una interpretación suprasensible de lo que es. Evidentemente, esta interpretación no existe de forma separada, no se encuentra en ninguna parte fuera del mundo, ya que ella es quien lo configura. Todo lo visible descansa sobre la invisibilidad de esta representación, que funda aquello que se da a ver, y que desvelándolo vela. La esencia de lo visible no es por tanto nada de visible. Este modo de desvelamiento, por imperceptible que sea, es bastante más concreto que todas las abstracciones coloristas que *se* querrían pasar por «la realidad». Lo dado es siempre lo planteado, debe su ser a una afirmación original del Espíritu: «el mundo es mi representación». En su fondo, es decir, en su surgimiento, el hombre y el mundo coinciden.

3. Lo sensible y lo suprasensible son fundamentalmente lo mismo, pero de forma diferente. Olvidar uno de los dos términos para hipostasiar el otro tiene como consecuencia el hacerlos a ambos abstractos: «destituir lo suprasensible suprime igualmente lo puramente sensible y, por ello, la diferencia entre los dos» (Heidegger).

4. La intuición humana primitiva no es más que la intuición de la representación y la imaginación. La pretendida inmediatez sensible le es posterior. «Los hombres comienzan por ver las cosas solamente tal y como se les aparecen y no tal como son; por ver en las cosas no ellas mismas, sino la idea que se hacen de ellas» (Feuerbach, *Filosofía del porvenir*). La ideología de lo «concreto», que fetichiza, según sus diferentes versiones, lo «real», lo «auténtico», lo «cotidiano», las «cositas de nada», lo «natural» y otras «rebanadas de vida», no es más que el grado cero de la

metafísica, la teoría general de este mundo, su compendio enciclopédico, su lógica en una forma popular, su punta de honor espiritualista, su sanción moral, su complemento ceremonial, su motivo universal de consolación y justificación.

5. Es de toda evidencia que «el hombre es un animal metafísico» (Schopenhauer). Por ello no hay que entender, solamente, que se trata del ser para el cual el mundo *tiene sentido* hasta su insignificancia, o cuya inquietud no se deja apaciguar por nada finito, sino eminentemente que toda su experiencia está tejida en un tejido *que no existe*. He aquí por qué los sistemas propiamente materialistas, así como el escepticismo absoluto, nunca han podido ejercer *por sí mismos* una influencia ni profunda ni duradera. El hombre ciertamente puede rechazar, durante largos periodos, el hacer conscientemente metafísica, y es así como se las arregla lo más a menudo, pero no puede pasar por completo de ello. «Nada es tan portátil, si se quiere, como la metafísica. [...] Y lo que sería difícil, e incluso rigurosamente imposible, sería no tenerla, sería que alguien no tenga su metafísica, o, al menos, metafísica... Lo que ocurre es que no solo todo el mundo no tiene la misma, lo cual es demasiado evidente, sino que no todo el mundo la tiene del mismo tipo, ni en el mismo grado, ni de la misma naturaleza, ni de la misma cualidad» (Péguy, *Situations*).

6. La metafísica no es la simple negación de lo físico, sino simétricamente su fundamento y su superación [*dépassement*] dialéctica. El prefijo meta-, que significa tanto «con» como «más allá», no tiene el sentido de una disyunción, sino de una *Aufhebung* en el sentido hegeliano. Entonces la metafísica no es nada de abstracto, puesto que es lo que funda toda concreción; es lo que está tras lo físico y lo hace posible. Ella «sobrepasa la naturaleza para alcanzar lo que está escondido en ella o tras ella, pero solo considera dicho elemento escondido como apareciendo en la naturaleza, y no independientemente de todo fenómeno» (Schopenhauer). La metafísica designa por tanto el simple *hecho* de que el modo de desvelamiento y el objeto desvelado permanecen en un sentido original como «la misma cosa». Así, ella no es, en su conjunto, nada menos que *la experiencia en tanto que experiencia*, y no es posible más que a partir de una *fenomenología de la vida cotidiana*.

7. Las derrotas que no ha dejado de sufrir y reprimir [refouler] la ciencia mecánica durante un siglo, tanto en el frente de lo infinitamente grande como en el de lo infinitamente pequeño, han condenado definitivamente el proyecto de establecer una física sin metafísica. Y es preciso, de nuevo, tras tantos desastres previsibles, reconocer con Schopenhauer que la explicación física que rechaza ver que «tiene necesidad, en tanto tal, de una explicación *metafísica* que le dé la clave de todos sus supuestos [...] llega en todos lados a tropezarse con una explicación metafísica que la suprime, es decir, le quita su carácter de explicación». «Los naturalistas se esfuerzan en mostrar que todos los fenómenos, incluso los espirituales, son físicos, y tienen razón en ello; su equivocación es el no ver que toda cosa física es igualmente por otro lado un cosa metafísica». Y leemos las siguientes líneas como una profecía amarga: «cuanto más grandes sean los progresos de la *física*, más vivamente harán sentir la necesidad de una *metafísica*. En efecto, si por una parte un conocimiento más exacto,

más extenso, y más profundo de la naturaleza mina y acaba por invertir las ideas metafísicas en curso hasta entonces, sirve por otra parte para poner más clara y completamente en relieve el problema mismo de la metafísica, para desprender de ella más severamente todo elemento físico».

8. La metafísica mercantil no es una metafísica entre otras, es *la* metafísica que niega toda metafísica y de entrada a sí misma en tanto que metafísica. Es por esto por lo que es también, de entre todas, la metafísica *más nula*, la que querría hacerse pasar sinceramente por una simple física. La contradicción, es decir, la falsedad, es su carácter más duradero y distintivo, ella, que afirma tan categóricamente lo que no es más que una pura negación. El nihilismo corresponde al periodo histórico de la *explicitación* de esta metafísica, y de su nulidad. Pero esta explicitación debe también ella misma ser explicitada todavía. Valga decirlo de una vez por todas: no hay mundo mercantil, solo hay un punto de vista mercantil sobre el mundo.

9. El lenguaje no es un sistema de signos, sino la promesa de una reconciliación de las palabras y las cosas. «Sus universales son los elementos primeros de la experiencia, no son tanto conceptos filosóficos como cualidades reales del mundo tal y como lo afrontamos todos los días [...]. Cada universal sustancial tiende a expresar las cualidades que sobrepasan toda experiencia particular, pero que persisten en el espíritu, no bajo la forma de una ficción de la imaginación ni bajo la forma de posibilidades lógicas, sino como la sustancia, la 'materia' de la que está hecho nuestro mundo». De ahí se sigue que la operación por la que un concepto designa una realidad constituye a la vez la negación y una realización del mismo. «El concepto de belleza comprende toda la belleza que no está *aún* realizada; el concepto de libertad, toda la libertad que no se ha alcanzado *aún*» (Marcuse, *El hombre unidimensional*). Los universales tienen un carácter *normativo*, y es por ello por lo que el nihilismo les ha declarado la guerra. «El *ens perfectissimum* es al mismo tiempo el *ens realissimum*. Cuanto más perfecta es una cosa, más es». (Lukacs, *El alma y las formas*). Lo excelente es más *real*, más *general* que lo mediocre, puesto que realiza más plenamente su esencia: el concepto *unifica*, sí, una variedad, pero la unifica aristocratizándola. El pensamiento crítico es aquel que efectúa la salida del nihilismo a partir de la trascendencia profana del lenguaje y del mundo. Para él, lo trascendente es *que el mundo es*, y lo indecible es *que hay lenguaje*. La conciencia que recorre su tiempo desde el borde de una nada así, lleva asociada una facultad de conflagración poco común. Cada vez que encontró la lengua para comunicarse, la historia conservó la señal. Esencialmente lo que importa es hacer esfuerzos en esta dirección. El lenguaje constituye el envite en tanto teatro del partido decisivo. «Se tratará siempre únicamente de saber si se pueden reconciliar palabra y vida, y de cómo hacerlo» (Brice Parain, *Sobre la dialéctica*).

10. El «imperativo categórico de transformar todas las condiciones por las que el hombre está humillado, esclavizado, abandonado o es despreciable» (Marx), eso, solo puede fundarse desde una definición del hombre como ser metafísico, es decir, abierto a la *experiencia* del sentido. Nadie, ni siquiera esa lombriz del pensamiento

que fue durante toda su existencia Hans Jonas, ha dejado de reconocerlo: «filosóficamente, la metafísica ha caído hoy en desgracia, pero no podríamos pasarnos sin ella; luego precisamos de aventurarnos de nuevo en ella. Puesto que solo ella es capaz de decirnos *por qué* el hombre debe ser, y no tiene por tanto el derecho de provocar su desaparición del mundo o de permitirla por simple negligencia; y también *cómo* debe ser el hombre a fin de honrar y no traicionar la razón en virtud de la cual él debe ser... De ahí la necesidad renovada de metafísica, que debe, mediante su visión, armarnos contra la ceguera.» (*Sobre el fundamento ontológico de una ética del futuro*).

11. Dicho sea de pasada, la realidad es la unidad del sentido y de la vida.

12. Todo aquello que está separado recuerda que estuvo unido, pero el objeto de este recuerdo se mantiene en el futuro. «El espíritu es aquello que se encuentra, y por tanto lo que se ha perdido» (Hegel).

13. La libertad del hombre nunca ha consistido en poder ir, venir y ocuparse como le plazca —esto es más bien propio del animal, que, entonces, muy significativamente, se dice «en libertad»—, sino a darse forma, a realizar la figura que contiene, o que *quiere*. Ser significa mantener su *palabra*. Toda la vida humana no es más que una apuesta sobre la trascendencia.

Se ha podido, en el pasado, tratar a semejantes enunciados con el desprecio especial y divertido que el filisteo siempre ha reservado para las consideraciones aparentemente desprovistas de toda efectividad. Pero entre tanto, las metamorfosis de la dominación les han conferido una concreción desagradamente cotidiana. El hundimiento definitivo e histórico, en 1914, del liberalismo realmente existente, ha conducido a la sociedad mercantil —para mantener la *ficción* de su evidencia, para defenderse de los asaltos revolucionarios que manifestaban en todos los países occidentales la incapacidad del punto de vista económico para aprehender el *todo* del hombre, y en fin, para asegurar la reproducción abstracta de sus vínculos— a colonizar con urgencia, y luego con método, toda la esfera del sentido, todo el territorio de la apariencia y finalmente, también, todo el campo de la creación imaginaria. En una palabra, ha debido invertir la totalidad del continente metafísico en el solo fin de asegurar su hegemonía terrestre. Ciertamente, el simple hecho de que el mismo momento de su apogeo, el siglo XIX, haya sido dominado no por la armonía, sino por la hostilidad absoluta, y absolutamente falsa, de las figuras del Artista y del Burgués, constituía en sí una prueba suficiente de su imposibilidad, pero solo los grandes desastres en los cuales se han bañado los primeros decenios de este siglo han cargado su absurdo de los bastantes dolores como para que el edificio entero de la civilización parezca vacilar. La dominación mercantil aprendió de aquellos que la contestaban que no podía ya limitarse a considerar al hombre como simple trabajador, como un factor de producción inerte, sino que más bien debía, para que permaneciera así, organizar todo lo que se extendía en el exterior de la esfera estricta de la producción material. Sea cual sea la manera en que haya tenido, hasta este punto, su repugnancia hacia

todo esto, ha debido imponer un brusco *acelerando* al proceso de socialización de la sociedad, y encargarse de todo aquello que hasta entonces había negado que existiera, todo lo que había dejado desdeñosamente a la «actividad improductiva», a la «fantasía privada», al arte y a la «metafísica». En el espacio de algunos años y sin resistencia notable de entrada, la Publicidad ha caído por entero bajo lo arbitrario del protectorado espectacular —es un hecho general que la persecución de ofensivas antiguas raramente es reconocida cuando ellas se arman con medios totalmente nuevos. Habiendo sido desmentida por insensata por los hechos —la interpretación mercantil del mundo —, *uno se propone* entonces hacerla entrar *en* los hechos. La mística mercantil, que postulaba *formal y exteriormente* la equivalencia general de todas las cosas, y la intercambiabilidad universal de todo, habiendo sido pillada a plena luz como pura negación, como arrazonamiento mórbido, *se resuelve* hacer que las cosas sean *realmente* equivalentes, y los seres *interiormente* intercambiables. Tras la liquidación sistemática de todo aquello que en la inmediatez encerraba una trascendencia (comunidades, *ethos*, valores, lenguaje, historia) que colocaba peligrosamente a los hombres frente a la exigencia de la libertad, *se decidió* producir industrialmente trascendencias de pacotilla, y traficar con ellas a precio de oro. Nosotros nos mantenemos en el otro extremo de esta larga vigilia de la aberración. Puesto que así como su fracaso es lo que en el pasado ha planteado las bases de la extensión hasta el infinito del mundo de la economía, asimismo el cumplimiento contemporáneo de esta extensión universal lleva el anuncio de su próximo hundimiento.

Este proceso crítico de *realización* de la indigente metafísica mercantil ha sido diversamente designado por los conceptos de «Mobilización Total» (Jünger), de «Gran Transformación» (Polanyi) o de «Espectáculo» (Debord) —por el momento, de entre esas máquinas de guerra que nos agrada usar, recurriremos con mucho gusto a este último concepto, que se mantiene, indiscutiblemente, en tanto que *figura* que penetra de manera transversal todas las esferas de la actividad social y donde *el objeto desvelado se confunde con su modo de desvelamiento*. Si la Figura no se deja deducir simplemente de sus manifestaciones, siendo ella misma quien las funda, no obstante no es inútil notar al menos las más superficiales. Es así como la propaganda se puso, desde los años 20, y en los propios términos de sus primeros ideólogos, Walter Pitkin y Edward Filene, a inculcar a los Bloom «una nueva filosofía de la existencia», a presentarles la sociedad de consumo como «*el mundo de los hechos*», con el propósito anunciado de contrarrestar la ofensiva comunista. La producción calibrada de mercancías culturales y su fluir constante —el despliegue fulgurante de la industria cinematográfica tiene en esto valor de ejemplo— se encargó de estrechar con júbilo el control de los comportamientos, de difundir los modos de vida adaptados a las nuevas exigencias del capitalismo, y sobre todo de esparcir la ilusión de su viabilidad. El urbanismo se puso como deber edificar el entorno físico controlado por la *Weltanschauung* mercantil. El formidable desarrollo de los medios de comunicación y transporte en esos años comenzó a abolir concretamente el espacio y el tiempo, que oponían una enojosa resistencia a la puesta en equivalencia universal. Los medios de comunicación de masas iniciaron desde entonces el proceso

por el cual debían poco a poco concentrar en un monopolio la producción del sentido. Debían, a continuación, y como a cambio, extender a la totalidad de lo visible un modo de desvelamiento particular, cuya esencia es conferir al estado de cosas en vigor una inquebrantable objetividad, y por ello modelando así, a una escala de ese tipo, un vínculo con el mundo fundado sobre el asentimiento postulado respecto a lo que es. Es preciso aún notar que se multiplican en esta época precisa las primeras menciones literarias de la función represiva de la Jovencita, en Proust, Kraus o Gombrowicz. Y es, en fin, de manera contemporánea, como aparece en las producciones del espíritu la figura del Bloom, tan reconocible en Valéry, Kafka, Musil Michaux o Heidegger.

Esta fase terminal de la modernidad mercantil se presenta bajo una luz necesariamente contradictoria, puesto que en este proceso *se niega al mismo tiempo que se realiza*. Por un lado cada uno de sus avances contribuye, en este estado, a arruinar un poco más su propio fundamento, la negación de la metafísica, es decir, la estricta disyunción entre sensible y suprasensible. Con la extensión virtualmente infinita del universo de la experiencia, «el contenido de las especulaciones [...] tiende a tener un sentido cada vez más real; sobre la base de la tecnología, la metafísica tiende a devenir física» (Marcuse, *El hombre unidimensional*). La separación de lo sensible y lo suprasensible se encuentra cada día disminuida por las nuevas realizaciones de la industria. «Lo maravilloso y lo positivo (contraen) una sorprendente alianza, y estos dos antiguos enemigos se conjuran para comprometer nuestras existencias en una carrera indefinida de transformaciones y de sorpresas [...] Lo real no está ya claramente acabado. El lugar, el tiempo y la materia, admiten libertades de las que no se tenía hasta hoy ningún presentimiento. El rigor engendra sueños. Los sueños toman cuerpo Lo fabuloso está en el comercio. La fabricación de máquinas de maravillas hace vivir a miles de individuos», remarcaba Valéry en 1929 con la desarmante ingenuidad de un tiempo donde el sentido de la vida no había aún devenido un bien de consumo corriente en la cesta de la compra, ni el más gastado de los argumentos de venta. En el momento mismo en que la realización de la abstracción —en el comportamiento mimético del *joven-cool*, la imagen televisada o la ciudad nueva— ofrece a la vista de todos el carácter evidentemente físico de la metafísica, el Biopoder, momento diferenciado del Espectáculo, confiesa avergonzado el carácter político —y que hay un «núcleo metafísico presente en toda política» (Carl Schmitt, *Teología política*)— de lo físico más en bruto, de la «vida nuda». A este respecto, se trata de un proceso de reunificación de lo sensible y lo suprasensible, del sentido y la vida, del modo de desvelamiento y del objeto desvelado, es decir, de la negación acabada de aquello sobre lo cual se funda la sociedad mercantil, pero al mismo tiempo esta reunificación se lleva a cabo *en el terreno mismo de su separación*. Seguidamente, esta pseudo-reconciliación no es el pasaje de cada uno de los términos en el otro, a un nivel superior, sino más bien su supresión pura y simple, que los reúne no en tanto unidos, sino como separados. De modo que, por otro lado, el Espectáculo se presenta como la *realización* de la metafísica mercantil, como la realización de la nada. La mercancía deviene en él *efectivamente* la forma de aparición de todas las manifestaciones de la vida, la forma

de objetividad tanto de objetos como de sujetos —el amor, por ejemplo, aparece en adelante como *intercambio regulado* de jodienda, de favores, de símbolos y de sentimientos, de donde cada contratante idealmente debe extraer un beneficio *igual*. Ya no se contenta con enlazar exteriormente, mediante la mediación monetaria, procesos independientes de ella. La mercancía, esta «cosa suprasensible aunque sensible» (Marx), se muda en una *cosa sensible aunque suprasensible*. Se impone *realmente* en tanto que «categoría universal del ser social total» (Lukacs, *Historia y conciencia de clase*). Poco a poco, su «objetividad fantasmática» alcanza a cubrir todo lo que es. Hasta tal punto se revela como *la negación del mundo* dicha interpretación mercantil del mundo, que no tiene otro contenido que la afirmación de la sustancialidad cuantitativa de todas las cosas, es decir la negación de toda diferencia cualitativa y de toda determinación real. El principio según el cual «todo vale» había sido ciertamente siempre la antífona propia del nihilismo, antes de devenir el himno mundial de la economía. Entonces, y esto es una experiencia cotidiana de la que a nadie le es posible sustraerse, hacer entrar a esta interpretación del mundo en los hechos habrá consistido de manera exclusiva en resecar todo de cualquier cualidad, en purgar cada ser de toda significación particular, en reducir todo a la identidad indiferenciada de la equivalencia general, es decir, ni más ni menos, a nada. Aquí ya no hay más esto o aquello..., y la singularidad... ya no la encontramos más que como una ilusión. Lo que a partir de ahora aparece ya no se ordena en ninguna organicidad superior, sino que se libra a un abandono infinito al simple hecho de ser sin ser nada. Bajo el efecto de este desastre prometedor, el mundo ha acabado por cobrar el aspecto de un caos de formas vacías. Todos los enunciados que se han podido leer más arriba, y que *se* reputaban alejados de toda efectividad, toman cuerpo en conjuntos de una realidad tangible, abrumadora, y a decir verdad, diabólica. En el espectáculo, el carácter metafísico de lo existente se aprehende como una evidencia central: el mundo ha devenido *visiblemente* una metafísica. Y hasta a los espíritus más limitados, que tenían por costumbre refugiarse en la confortable objetividad de la lluvia y el buen tiempo, se les hace imposible hablar sin tener que evocar inmediatamente el declive de la sociedad industrial. Ahí, la luz se ha solidificado, el inaprensible modo de desvelamiento que *produce* todo lo ente *se ha encarnado en tanto que tal*, es decir, independientemente de todo contenido, en un sector propio y tentacular de la actividad social. Lo que es capaz de hacer visible se ha tornado ello mismo visible. Los fenómenos, autonomizándose de lo que manifiestan, es decir, no manifestando más que la nada, aparecen ahí inmediatamente *en tanto que fenómenos*. El entorno [*milieu*] de existencia del hombre, la metrópolis, se comprueba él mismo siendo «una formación lingüística, un marco constituido ante todo por discursos objetivados, códigos preestablecidos, gramáticas materializadas» (Virno, *Los laberintos de la lengua*). En fin, «el actuar comunicacional», habiendo devenido la materia misma del acto de producir, la *realidad* del lenguaje, se ha situado entre el conjunto de las cosas que se pueden experimentar a placer. En este sentido, el Espectáculo es la última figura de la metafísica, donde ésta se objetiva *en tanto que tal*, deviene visible y se muestra al hombre como la evidencia material de la alienación fundamental de lo Común. *Lo que se le escapa al hombre, se alza ante él y le oprime*, es, en estas condiciones, *su dimensión metafísica*. Pero también ocurre que

antes de conseguir alienarse por completo no podría aprehenderla *concretamente*, ni, seguidamente, proyectar reapropiársela. Los días más sombríos nos dispensan la esperanza grosera, precisamente porque son vísperas de victorias.

Desde el momento en que se ha encarnado, la economía debe perecer. Cae bajo la dura ley del reino mortal, y lo sabe. En el estremecimiento de todas las cosas, en las grietas que vemos abrirse por doquier, adivinamos de ahora en adelante las trazas de su próximo naufragio. En lo sucesivo, la dominación mercantil se encuentra comprometida en una guerra sin fin ni esperanza para obstaculizar la necesidad de este proceso. La cuestión no es ya la de saber si va a morir, sino únicamente *cuándo* va a hacerlo. La vida en el seno de un orden así, que ha renunciado a cualquier otra ambición que no sea la de durar un poco más, se distingue por la extrema tristeza que se une a todas sus manifestaciones. Aquí, la supervivencia de la dominación mercantil, que no es más que la prórroga de su agonía, se encuentra por entero suspendida a esta magra circunstancia de que lo que es visible no sea *visto*; entonces ella debe ejercer sobre la totalidad de lo que es un arrazonamiento siempre más brutal. Su soberanía no se despliega más que bajo la amenaza constante de que *se* explicita su carácter metafísico, de que sea reconocida como lo que es: una tiranía, y la más mediocre que hubo nunca, la tiranía de la servidumbre. Por doquier, los esfuerzos de la dominación por mantener una interpretación del mundo que, habiéndose realizado, se encuentra a su vez sometida a la interpretación, se orientan hacia la fuerza bruta. La naturalización del modo de desvelamiento mercantil seguramente que en el pasado hubiera exigido una dosis constante de violencia sobre hombres y cosas. Habría sido preciso arrasar, internar, someter, encerrar, embrutecer o deportar a toda la masa de los *fenómenos* que contrarían al nihilismo mercantil. En lo que toca al resto, el aprendizaje del punto de vista de la reificación, de la utilidad, de la separación y de la puesta en equivalencia general se hacía simplemente en el sufrimiento, y esto todo a lo largo de la vida de manera ininterrumpida. Pero ahora lo que ve la luz es una nueva configuración de las hostilidades. La dominación mercantil ya no puede limitarse a mantener congeladas todas sus contradicciones, a hacer de suerte que la alienación, la corrupción y el exilio de todas las cosas vayan de suyo, y reprimir en el hombre toda aspiración hacia el ser. Le es preciso progresar a marchas forzadas, aunque cada paso dado en el sentido de su perfeccionamiento no haga más que aproximar el momento de su ruina. Es preciso considerar que con el Biopoder, que, bajo pretexto de mejorar, de simplificar y alargar la «vida», la «forma» o la «salud», apunta a un control social total de los comportamientos, ha jugado su última carta: apoyándose sobre la ilusión cardinal del sentido común, la inmediatez del cuerpo, ha acabado por destruirlo. Todo ha devenido sospechoso desde entonces. Su cuerpo mismo le parece al Bloom como una instancia extraña, que él habita contra su voluntad. Poniendo su supervivencia al precio de la *puesta a trabajar* de la metafísica, la dominación mercantil ha conseguido perder el terreno de su neutralidad, que es el único que le garantizaba poder avanzar victoriosamente: ha hecho de la metafísica *una fuerza material*. En adelante, a cada uno de sus progresos deberá responder una rebelión sustancial que le opondrá poco a poco su *fe*, y que proclamará en un tono o en otro que la humanidad «no puede revivir más que por un

acto metafísico que reanime el elemento espiritual que la creó en su existencia primitiva o la mantiene en su forma ideal» (Lukacs). Entonces, el orden mercantil, que bebe de todos lados, deberá exterminar, hasta la unificación y la victoria del Partido Imaginario, uno a uno, *físicamente*, en nombre de la lucha contra el terrorismo, el extremismo o las sectas, cada universo metafísico independiente que llegue a manifestarse. Todos los individuos que rechazarán el repantingarse en su inmanencia famélica, en la nada de su diversión, todos aquellos que se impacientarán en renunciar a sus atributos más propiamente humanos, en particular a todo cuidado que fuera más allá del ente, serán excluidos, desterrados, hambreados. Para el resto, bastará mantenerles en un miedo cada vez más feroz. Más que nunca, «los que detentan el poder viven con la terrorífica idea de que no solamente alguna gente aislada, sino que masas enteras podrían evadirse del miedo: esta sería su caída segura. Esta es la verdadera razón de su rabia ante toda doctrina de trascendencia. El peligro supremo está escondido ahí: que el hombre pierda el miedo. Hay regiones de la tierra donde a la sola palabra metafísica se la acorrala como a una herejía» (Jünger, *Passage de la ligne*). En esta última metamorfosis de la guerra social, donde ya no son solamente las clases, sino las «castas metafísicas» (Lukacs, *De la pobreza de espíritu*) las que se confrontan, es inevitable que haya hombres que, de entrada a puñados, luego en mayor número, se reúnan en torno al *proyecto explícito de POLITIZAR LA METAFÍSICA*. Éstos son, desde hoy, la señal de la próxima insurrección del Espíritu.